

Al alba

Ama Jiménez Jiménez



AL ALBA

Ama J. J

Capítulo 1

Mely estaba de vuelta. Prácticamente una forastera en aquel lugar que la vio crecer. Para muchos había perdido demasiado, no solo era su trabajo también había perdido su independencia, pero ella dudaba haberla tenido alguna vez. ¿Qué independencia se basaba en pedir a papá y a mamá dinero cada dos por tres para pagar las facturas? No, más bien al revés. Por primera vez se sentía libre de todas aquellas cargas que la habían asfixiado los últimos meses. No conseguía avanzar escribiendo y laboralmente se conformaba con trabajos con tan bajas expectativas como sueldo. Aquello era la antítesis a lo que un día imaginó que sería su vida.

Así que allí estaba, rompiendo con todo, dando ese supuesto "paso atrás" que constituía volver al pueblo y por ende a casa de sus padres. Los primeros días fueron francamente relajantes. Sin alquiler, facturas o una nevera que llenar y, sobre todo, sin aquel maldito trabajo que unas semanas antes había aceptado.

De un modo exagerado podríamos decir que casi resurgió. Leía, estudiaba, hacía deporte y había dejado hasta el maldito tabaco. El verano "aburrido" que pensaba pasar se presentaba sin duda como uno de los mejores de los últimos años.

Cada mañana a las siete menos veinte sonaba su alarma. Antes de salir a correr necesitaba tomar un buen café y ordenar su cabeza sobre las cosas que esperaba hacer durante el día que comenzaba.

Como cada mañana se enfundó la ropa y sin pensarlo demasiado –ya que jamás había sido una amante del deporte y básicamente lo hacía por salud- salió corriendo de casa. Siempre hacía la misma ruta.

Bajaba a toda marcha por el pueblo hasta llegar al río, entonces cogía una pequeña carretera –asfaltada desde hace pocos años- y simplemente corría durante cinco kilómetros hasta llegar a una pequeña aldea, con unas cuantas viviendas que únicamente se habitaban en verano. Llegaba allí hasta la ermita. Le encantaba ese lugar, desde niña. Al llegar allí se daba la vuelta y corría ahora esos mismos cinco kilómetros de vuelta al pueblo.

Habían pasado tres semanas y repitiendo su rutina Mely salió a correr de casa prácticamente al alba.

Completó su circuito llegando a la ermita y media vuelta. Ni dos kilómetros había recorrido cuando se cruzó con un coche, que al verla aminoró de manera notable la marcha. El coche era antiguo, ella no entendía de coches, pero sí recordaba el Seat 131 de su abuelo, y por el aspecto del coche pensaba que podría ser de la misma época. El coche se

acercó al arcén -que siendo una estrecha carretera no era otra cosa que el mismo campo- y paró a la altura a la que ella se aproximaba corriendo.

No podía evitar sentirse insegura en esas situaciones así que aceleró un poco la marcha a la par que con una segura sonrisa daba los buenos días. Aquel hombre parecía sacado de los mismísimos '70: era delgado y de mediana estatura, pelo escaso pero largo, haciendo esa especie de cortinilla que resultaba tan desagradable desde un punto de vista estético para Mely, camisa de manga corta, celeste, un celeste apagado por el uso de la misma durante muchos años -demasiados-, pantalón gris como de traje antiguo y en la cara unas gafas con cristales oscurecido y un gran bigote amarillento por la zona que rozaba con sus labios.

Ella giraba compulsivamente su cabeza -aunque pretendiendo que fuese de manera discreta y por tanto con rápidos movimientos- hacia donde se había dejado a aquel hombre de pie, mirándola. Una de las últimas veces que se giró y pudo verle estaba agachado levantando una roca de tamaño considerable con ambas manos. También pudo ver el maletero del coche abierto ¿Qué pensaba hacer con aquello?

Su mente voló. Volvió a casa y tras algunos meses Mely escribió. ¿Sería ese su best seller?

17

Amaneció como cada día y Mely ya estaba delante de su bonita taza de café absorta en sus pensamientos. Había empezado a escribir el día anterior y eso en parte la reconfortaba, aunque a ser verdad le producía cierto desánimo el hecho de que hubiese tenido que ver algo "extraño" en su vida para que su mente estuviese dispuesta a crear.

¿Funcionaba verdaderamente así? ¿Las historias de Stephen King brotaban por completo de su imaginación o tenían, aunque solo fuese una base de inspiración real?

Cuando pudo darse cuenta estaba poniéndose las zapatillas para salir a correr. Iba pensando en aquel hombre, en la roca, en la historia que había comenzado y en cómo podría continuarla, eso sí, basándose exclusivamente en su imaginación.

La verdad es que las mañanas era el momento más creativo de Mely por lo que intentaba exprimir al máximo ese paseo matinal, para que al volver a casa pudiese sentarse un par de horas a escribir.

Seguía corriendo, como siempre. Atravesó el pequeño puente que atravesaba el río y salió del pueblo. Sus ideas se mezclaban. Por un lado, trataba de imaginar, pensaba una historia. Pero por otro, su instinto de investigadora la envolvía preguntándose si la verdadera historia no estaría

detrás de aquel coche, aquel hombre y aquella roca.

Lo decidió, solo por gusto – aunque reconociendo que también podría servirle de “inspiración” - se detendría en el punto en que ayer se encontraba aquel hombre y examinaría la zona. Al llegar miró a su alrededor, asegurándose de que nadie del pueblo pasase por allí y le formulase una pregunta que francamente no podía contestar. ¿Qué estaba haciendo allí? Ni idea... ¿Inspirarse? Con rocas y espigas de trigo secas... En el pueblo le adjudicarían el nuevo título de “estas como una cabra”. Así que antes de agacharse a mover la maldita roca se aseguró durante unos minutos que por allí cerca no hubiese nadie. Respiró con profundidad antes de mover aquello, esperando a partes iguales no encontrar nada y encontrar todo, en cambio, no había nada. Debajo de aquella roca simplemente había tierra un poco húmeda, agradable.

Mely paso con suavidad las yemas de los dedos sobre ella, se desprendía frescor y le encantaba. Lo repitió y cayó en la cuenta de que la tierra le resultaba agradable porque estaba suelta, lo que le permitía mover sus dedos levemente sumergidos en ella con fluidez. ¿Qué sentido tenía que la tierra de debajo de una roca estuviese tan suelta? Ella no entendía de campo, pero era de sentido común. Al tener todo ese peso sobre ella debería ser al revés, estar compacta o endurecida. Entonces sin pensarlo demasiado escarbó, sin alterarse ni hacer movimientos bruscos, simplemente con la mano con la que antes acariciaba el terreno ahora intentaba hacer algo más de esfuerzo por sumergir sus largos y finos dedos.

Tocó algo y al tacto supo lo que era. Papel recio, pero papel. Lo había tocado en tantos libros que era imposible de confundir. Lo engancho con dos de sus dedos como si fuesen una pinza y lo arrastró hacia fuera. Papel marrón, no tan grueso como un cartón ni tan fino como una hoja. Tenía un tacto extraño, pero era papel. Lo abrió. Había escrito un número en bolígrafo azul. Los números, los números eran antiguos, no en el sentido propio de la numeración, sino en el de la escritura. Esos giros en el trazo, que casi hacían de cada número escrito una obra del renacimiento. Eran números escritos con cuidado, pero con un pulso algo tembloroso.

17. ¿Qué sería aquello? Escuchó un motor. Rápidamente plegó aquel papel y lo sumergió en la tierra, con un poco de esfuerzo arrastró la piedra hasta el lugar en que originariamente se encontraba. Tapando ¿algo? ¿algo malo? Desde luego, tapando un secreto. ¿Qué significaría ese número 17?

Se levantó y salió corriendo siguiendo su recorrido. El motor no correspondía al maldito coche antiguo con su ahora escalofriante conductor también antiguo. Era una furgoneta de repartos, muy común en aquella zona un poco aislada de la vida comercial. Siguió corriendo hasta llegar a la ermita, pero, ni siquiera allí encontró paz. Por primera vez

cambió su ruta y en vez de darse la vuelta y volver por el mismo camino por el que había llegado, cogió un camino de tierra que como si de una circunferencia se tratase la devolvería al pueblo, aunque entrando por el otro extremo al que había salido.

Al llegar a casa no escribió. No podía. Si aquello escondía algún daño hacia alguien, ¿estaba dispuesta a pasarlo por alto solo por escribir su maldito libro? Aquella inspiración le parecía ahora suciamente corrompida.

Capítulo 2

A la mañana siguiente todo se calmó. En cualquier caso, hoy no iría a correr. Aquello se estaba metiendo dentro de ella y se dio cuenta de que casi desvariaba. Siempre pensaba que había una historia terrible detrás de algo, pero comprendió que aquello no era más que su propia ansia por contar una historia así.

¿Por qué tenía que haber una historia de terror detrás de aquel papel, detrás de aquel coche o de aquel hombre? Comprendió que sí que tenía una gran imaginación, ya que hasta se había enfadado con ella misma por aprovecharse de una verdadera historia negra para escribir su novela. Pero, ¿cómo daba por hecho que detrás de aquello se escondía algo terrible? ¿Algún daño para alguien? Desde luego no hacía falta que le diesen el título en el pueblo, a veces estaba "como una cabra". Tanta novela negra le había afectado sin duda. Como diría su madre, aquello era causa de su mente desprovista de ocupaciones ¡qué bueno era trabajar para la mente! Pues quizás sí que lo fuese.

Por todo ello, y teniendo claro que sus conjeturas eran un simple producto de su imaginación, se sentó a escribir y plasmó todos aquellos pensamientos oscuros que la abordaban en el siguiente capítulo de su libro. En cierto sentido ya estaba orgullosa. Jamás se había sentido así escribiendo. Todo era fluido, aquella historia nacía de su ser. No la estaba inventando, la estaba sacando de su mente. Por primera vez escribir se convirtió en algo apasionante y no en algo forzado que siempre se traducía en mediocridad y a su vez, por tanto, en frustración.

El pueblo le estaba dando mucho más de lo que jamás hubiese imaginado. Allí su mente volaba y lo hacía tan alto que por no estar acostumbrada sentía vértigo. Eso fue lo que la noche anterior había ocurrido, y la había hecho confundir la imaginación con la realidad.

Aquel papel, en aquel campo, podría llevar meses, podría ser nada y podrá ser todo para alguien y eso no implicaba que hubiese ningún tipo de asesinato y secuestro de por medio. Intentó poner cordura en todo ello y dejar lo macabro fluyese solo en cuanto a su libro se trataba.

Al día siguiente saldría a correr ¡qué demonios! Parecía tan ridícula asustada por ¿nada? En cualquier caso, era algo divertido y misterioso. Había un maldito papel que le había cambiado una rutina que había sido inamovible durante semanas.

Definitivamente mañana saldría a correr.

Cuando a la mañana siguiente salió su mente ya estaba trabajando en los detalles del próximo capítulo de su novela y corría tan distraída que ni

siquiera fue consciente de que se había dejado los auriculares en casa hasta pasado más de un kilómetro y medio. Odiaba salir a correr sin esos incómodos pinganillos que le permitían abstraerse de todo, pero ¿qué podía hacer? Desde luego no pensaba volver a casa a por ellos.

Pensó y lo vio como una oportunidad, a decir verdad, aquella mañana no estaba muy inspirada, las palabras no fluían así que, pensó en aprovechar la situación para admirar bien cada detalle de aquellos paisajes y sonidos tan familiares, pero a la vez tan desconocidos.

Se le cruzó un lagarto, odiaba aquellos bichos tan rápidos y, por lo menos para ella, grandes. Eso en aquella zona indicaba que el verano iba llegando, el calor hacía salir toda clase de animalejos de aquellas cunetas llenas de maleza ya casi seca debido al calor que hacía los últimos días. El dichoso animal hizo que su pulso se pusiera a mil y que en cierto modo perdiera su concentración la cual se dedicaba ahora a custodiar cada uno de sus pasos.

Y entonces allí estaba, pasando justo por donde estaba la piedra, esa que escondía ese papel con el número 17. ¿Habría otro? Se había prometido a ella misma no obsesionarse con aquello así que simplemente se detuvo a admirar el paisaje por si encontrase allí algún detalle que aportar a la novela. La verdad es que las vistas no eran espectaculares, pero si poseía aquella pureza que a Mely siempre le había parecido tan bella, tan solo perturbada por aquel edificio blanco después de algunos años abandonado. Aquello que siempre fue demasiado grande para ser una casa –incluso de campo- y que cuando sus propietarios vendieron –por lo visto también le quedó un poco grande económicamente- tampoco tuvo éxito como “hotel rural”. Allí estaba aportando a aquel paisaje seco un toque más de decadencia. Observó la casa. La recordaba hace unos años, aquella construcción era espectacular, y aunque no se encontraba en el pueblo –se encontraba un kilómetro antes de llegar a la aldea en la que se encontraba la ermita que tanto le gustaba a Mely- fue una obra de la que se habló largo tiempo entre los vecinos del pueblo y mucho más después de saber que pocos meses después de su acabado tuvo que ser vendida y comenzó su breve andadura como hotel que jamás llegaría a despegar.

Era bonito, aun en ruinas, tenía tres grandes plantas, conservaba la pintura blanca de las paredes de la fachada, era tan sencillo y poco ostentoso, de un estilo –a su juicio- fino. Aquella casa valía mucho dinero y no tenían que demostrarlo con arcos, balcones o cualquier otro tipo de ornamento. Era bonita o bonito según pensara en aquello como casa o como hotel. Si fijaba sus ojos con detalle –ya que la casa estaba a unos 30 metros de donde se encontraba ella en la carretera- podía ver como las ventanas habían desaparecido y dentro se intuía que el estado de las habitaciones era prácticamente ruinoso. La fachada estaba invadida por aquellas hierbas y matorrales de más de un metro de altura. Sintió pena.

Pena por ver el deterioro allí presente. Pena por lo que implica el paso del tiempo en todas las cosas. Aquello sí que era una metáfora de la propia vida.

De repente lo vio. ¿Una silueta? Algo pareció moverse en la tercera ventana del segundo piso. El sudor se le enfrió de repente, pero no conseguía apartar la vista. Quería constatar que aquello era fruto de su imaginación antes de volver a casa. Sabía que aquella imagen la desconcentraría y la tendría todo el día sumida en sus divagaciones, tenía que asegurarse que allí no había nada. Entonces volvió a ver aquella silueta negra y su pulso se aceleró cuando percibió que probablemente –por la forma en que ahora veía el cuerpo de frente- aquella sombra también la estaba viendo a ella.

Salió a correr, no pensaba llegar a la aldea de la ermita aquella mañana, solo pensaba en volver al pueblo. Entonces lo oyó. Un coche se acercaba, ¡qué alivio!, muchos jornaleros del pueblo pasaban sus mañanas por aquellas tierras trabajando los distintos cultivos, así que respiró y bajó el ritmo. Cuando lo vio su vello se erizó. El coche antiguo pasó junto a ella tan despacio que pudo ver como el hombre giraba la cabeza para mirarla a través del espejo retrovisor de la derecha. Después, sencillamente aceleró y se perdió de su vista.

Capítulo 3

Volvió a casa, pero no para escribir. Se puso una segunda taza de café. Eran las 9 de la mañana. ¿Qué había pasado? Aquella silueta no podía ser el hombre del coche ¿o sí? Estuvo admirando unos minutos el paisaje y, no vio ningún coche aparcado por allí. Se hubiera dado cuenta, era imposible que de haber estado allí lo hubiese pasado por alto.

- ¿En qué piensas?- Allí estaba mamá.

-En nada. Creo que hoy no voy a desayunar- y se encerró en su habitación.

Aquello era lo malo de haber vuelto a casa. Allí todo lo compartían, incluso los sentimientos, algo a lo que Mely no estaba acostumbrada ya. En el piso, con sus compañeros hablaban sencillamente de lo que querían, pero ninguno se entrometía en la vida de los demás. Los echaba de menos.

No paraba de darle vueltas. Aquella cara mirándola a través del espejo retrovisor. Las apariencias son solo eso, pero aquel hombre parecía llevar escrita en la frente la palabra "siniestro". Lo era más el hecho de que ni siquiera tratase de ocultarlo. Daba vueltas en la cama. Cogió un libro sobre economía pensando que así se distraería. Era un libro demasiado complejo como para estar pensando a la vez en otras cosas. Pasados cinco minutos el libro estaba en la estantería y ella delante del ordenador. Tenía que escribir aquello, todas sus sensaciones, lo que había visto, lo que pensaba que había visto, lo que podría pasar. Tenía que aprovechar aquello. Si se estaba volviendo loca por lo menos que sirviera para algo.

Escribió una página y de repente no supo qué más decir. La novela iba bien, tenía ese toque de verosimilitud que es importante para algunos lectores. El público al que ella se quería dirigir era el amante del crimen, del suspense, no tanto el de los fantasmas o lo paranormal. Eran esas historias las que ella le helaban la sangre y agitaban el pulso y eso era lo que quería conseguir.

Entonces le pareció ridículo pensar que el libro "tenía ese toque de verosimilitud". El libro estaba pasando, el libro la estaba aterrorizando en la vida real. Si fuese capaz de transmitir aquello cualquier editor no dudaría ni un minuto una vez terminado de leer en publicarlo.

Leyó lo que llevaba escrito por primera vez y, era bueno. Le pareció que era verdaderamente bueno. Entonces se relajó. En realidad, no creía que nadie estuviese sufriendo verdaderamente. Como mucho se trataría de cualquier negocio ilícito y ella había comenzado una novela que por primera vez le parecía buena. ¿Aquello estaba mal? Le parecía hasta exagerado plantearse aquella pregunta. Aquello era un coche y un hombre

al que por casualidad había visto un par de veces, una casa-hotel abandonada y mucha imaginación. Aquello era imposible que estuviese mal desde cualquier punto de la moralidad que se mirase.

Entonces pensó que para seguir rellenando páginas tenía que volver allí. Explorar todo mejor. Necesitaba más datos, sensaciones, ahora sí lo podía llamar inspiración. El problema era el maldito calor que la tarde irradiaba al ambiente. Odiaba el calor, su cuerpo no lo soportaba, y su mente sencillamente se desvanecía a la vez que lo hacía su cuerpo.

Tenía dos opciones, ir la mañana siguiente o, esperar a ese punto de la tarde –cerca del anochecer- en que las calles para ella volvían a ser transitables. Entonces pensó en el maldito hombre antiguo –en el fondo le resultaba gracioso llamarlo así-, siempre estaba por la mañana y, si lo volviese a ver la desconcentraría y no serviría de mucho acudir de nuevo a aquel lugar para empaparse de cada detalle que allí residía.

Iría esa misma tarde, -sentenció- un rato antes de que anocheciera.

Capítulo 4

Eran las 8:15 de la tarde. Todavía hacía demasiado calor para su gusto, pero tampoco quería que se le hiciese de noche en aquel lugar y, necesitaría unos 15 minutos para inspeccionar un poco la zona –aunque fuese de manera superficial-. Tenía que atravesar unos cuantos metros cubiertos de maleza y eso le hacía menos gracia casi que cualquier silueta extraña que apareciese por la ventana.

Cada vez hacía más calor y eso, en palabras de su padre, era sinónimo de bichos –reptiles varios-. Los odiaba y le daban escalofríos solo de pensar que una de esas culebras se pudiera enganchar a su pie cuando cruzase esos matorrales hasta llegar a la casa-hotel. Aunque la parte positiva era que cruzaría corriendo y no perdería más que unos segundos en llegar desde la carretera hasta allí.

Salió a correr y el pantalón largo –que se había puesto por prevención frente a los animalitos- le resultaba tan asfixiante que le costó coger ritmo. Pensó varias veces en volver a casa y posponer la investigación hasta el amanecer siguiente, con todo el frescor que al alba desprendían aquellas tierras, pero siguió corriendo. Le apetecía seguir escribiendo. Tenía verdaderas ganas y, necesitaba impregnarse de aquello que allí hubiera.

Llegó al punto clave y como siempre echó un vistazo hacia la carretera para evitar miradas curiosas de algún conocido. Allí no había nadie y le parecía normal. La temperatura no lo hacía tan atractivo como por las mañanas. Entonces afinó la vista hacia la arboleda del fondo en busca de algún coche que pudiese estar allí oculto. En realidad, buscaba un único coche y no lo encontró, eso la tranquilizó. Estaba dispuesta a dar esas rápidas y largas zancadas que la acercasen a aquella edificación y a ser posible a salvo de culebras y lagartos y comenzó a correr. Se agobió, pensaba que antes de la puerta habría, aunque solo fuese una franja libre de estos altos matorrales donde respirar antes de entrar allí, pero no era así. El pulso se le aceleró, pero la verdad es que en ese momento temía más lo que pudiese haber en sus pies que allí dentro. No lo pensó y en cuanto alcanzó la puerta la empujó –estaba sutilmente entreabierta- y para su sorpresa se abrió sin tener que hacer la más mínima fuerza. Esa puerta está acostumbrada a ser abierta y errada –pensó entonces- de no ser así tendría que estar mucho más encajada al suelo. La sala a la que entró estaba despejada. En el sentido más amplio de la palabra. Las paredes tenían desconchones y de las ventanas –como ella ya sabía de sus vistas desde la carretera- no quedaban más que las estructuras cuadradas vaciadas ahora de cualquier marco o cristal. Estaba despejada, casi podía decir que estaba limpio, pero no sería la palabra correcta. Allí no había esmero, pero sí interés suficiente como para apartar toda la basura o cualquier tipo de material que allí hubiese habido alguna vez y

despejar la habitación.

El sol se estaba poniendo, no le quedaban más que unos 15 minutos –exagerando- si quería llegar al pueblo antes de que anocheciese. No podía correr. Quería pasear por aquellas habitaciones que en su mente siempre habían sido casi ruinosas y en la realidad desprendían aquel intento de conservación por parte de quien sea que por allí hubiese. Se acordó de la silueta y le dio un escalofrío, aunque no pensase que allí hubiese nadie en ese momento –o no quería pensarlo-. Seguía paseando por allí tocando aquellas paredes desconchadas. Prácticamente por los pocos colores que quedaban podía imaginar qué fue en su día cada una de esas habitaciones. El amplio salón, la cocina, un pequeño lavabo y alguna habitación que podía ser una oficina se encontraba en la primera planta. Subió hacia la segunda por una amplia escalera de madera color tabaco que por la delicadeza del material sí se veía estropeado. Tenía marcas como de haber arrastrado algún tipo de mueble por ellas, incluso a un escalón le faltaba un pequeño trozo. Al subir se encontró algo que rápidamente identificó como dormitorios. Había uno grande al que seguía una habitación que suponía que en algún momento fue su correspondiente baño. Sería la habitación principal.

Y entonces varias habitaciones de un tamaño similar. Entró a una de ellas y al mirar por la ventana que había justo al frente de la puerta lo vio claro. Aquella era la ventana que la que había visto la silueta. Miró al punto de la carretera en la que ella se encontraba cuando se encontraron sus miradas. Sonrió. ¿Y si existieran los agujeros temporales y lo que vio fue a ella misma mirándose desde el futuro? Era absurdo, estaría viéndose a ella misma entonces aquella mañana, y allí no había nada. Y encima era casi de noche. Cada día pensaba más estupideces. Vio que estaba anocheciendo y no era un aviso, al sol le quedaba poca luz que arrojar. Se dio la vuelta para ver aquella habitación una vez más. Esas paredes eran distintas a las de la planta baja. Intuía que era dormitorios por eso mismo. Habían estado cubiertas por papel del que ya solo quedaban jirones en algunas zonas. Se acercó a una de esas zonas y lo tocó. Entonces su vello se puso de punta en unas cuantas milésimas de segundo. Aquel papel. Aquel papel era el mismo que había tocado debajo de la roca. El mismo que había abierto y el mismo que alguien había marcado con un número 17.

La silueta. El número. El hombre del coche escondiendo ese papel.

Se sintió en peligro.

Tenía que salir de allí corriendo y volver al pueblo antes de que anocheciese –algo que ya sabía que no le sería posible-.

Capítulo 5

Salió corriendo de allí. Poco le importaron entonces los bichos que al anochecer empezaban a emitir sus desagradables silbidos. Corrió y salió a la carretera y en sus piernas notó aquella fortaleza adquirida tras su nueva etapa como deportista. Agradeció de igual modo -o más- haber dejado el tabaco. Corrió, pero por más rápido que lo hacía, más rápido parecía decaer el sol y con ello la luz. Eso sí que era una carrera. Sabía que no lo conseguiría, pero se conformaba con alcanzar aquella gran cuesta que permitía observar las luces del pueblo a sus pies. No quería estar allí, siempre le ocurría igual. Le encantaba olfatear supuestos peligros y luego, la atormentaban. Sus amigos siempre decían que era una persona valiente -qué huevos tienes Mely-, ante situaciones que por anteriores trabajos había tenido que abordar, pero solo ella sabía la sensación de pánico que luego le dejaban durante horas.

¿Por qué habría tenido que ir allí? Ahora se reprendía a ella misma mientras corría. Mely trabajaba en otros proyectos que le encantaban también y no la pondrían en aquellos "macabros" escenarios. ¿Por qué no se centraba en el maldito máster de asesoramiento fiscal y dejaba las carreras nocturnas por aquellos caminos solitarios? Estaba como una cabra y ella misma se acaba de otorgar el título.

Corrió y para su tranquilidad llegó el pueblo sin incidentes. Ahora solo quedaba atravesar aquellas calles hasta llegar a su casa que estaba un poco apartada de todo lo demás. Saludó a los pocos vecinos que se encontró.

-¿Qué tal Mely? Ya vienes de correr, ¿no? Que deportistas sois los jóvenes ahora.

-Sí ¿y qué mejor podemos hacer? - Dijo mientras continuaba caminando. Nunca sabía que contestar a esas preguntas. Era evidente que venía de correr. No entendía la extraña costumbre que residía en su pueblo -y suponía que en muchos más- de tener que entablar micro conversaciones absurdas con cada ser que se cruzaba en el camino. ¿No bastaba con un "Hola", "Buenas tardes" o "Hasta luego"?

Lo positivo es que aquello la relajó. Su mente cesó en su intento de infringirle temor. Un temor que encima parecía absurdo cuando se miraba desde el pueblo y pasados unos minutos, pero que sentía en ocasiones tan adentro que era difícil de entender hasta para ella.

Por fin estaba en casa. Solo quería ducharse, tomar algo de cena y coger un buen libro con el que evadirse. Eso descartaba de lleno a Stephen King -claramente por lo de evadirse-. Seguiría leyendo a Hayek y su "Camino de servidumbre". Nada mejor que el debate interno que le generaba leer

sobre el liberalismo.

Amaneció y llovía. Era la típica tormenta de finales de mayo. Eso le imposibilitaba salir a correr, pero no madrugar y aprovechar el día de otra manera. Le encantaba ver el amanecer con la taza de café. Había algunos francamente espectaculares. Entonces como todas las mañanas, salió al pequeño porche que tenía la casa a tomar el café mientras disfrutaba de aquel amanecer lluvioso. En aquel punto del día, escuchando aquel sonido, no podía más que agradecer el poder disfrutar de otro momento así, de otro comienzo. Allí estaba su padre sentado, fumando su purito como cada mañana. Él no tomaba café -decía que le ponía nervioso- y sería de las pocas cosas en que padre e hija se diferenciaban. En silencio ambos se dedicaban a sentir aquel momento y ordenar sus mentes antes de arrancar un día más.

Se escuchaban grandes truenos y la temperatura era agradable. Entonces se vio la luz amarilla de unos faros que avisaban que un coche estaba bajando su calle. La cogió despistada y relajada, pero por allí estaba pasando el que se había convertido en el mejor aliado de su novela. Pasó lentamente y saludó levantando una mano a mi padre que, rápidamente le devolvió el saludo.

-¿Quién es?- No lo dudó ni un segundo. Quería acabar el misterio, aunque en cierto modo sabía que sería una pequeña decepción para ella y su historia.